

**Rocío Caravedo, *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*. Madrid/Franfurt, Iberoamericana/Verveurt, 2014, 343 pp.
ISBN: 978-84-8489-830-6 / 978-3-95487-374-6**

Milin Bonomi
Università degli Studi di Milano

Rocío Caravedo ha dedicado buena parte de sus trabajos sociolingüísticos al estudio de la dimensión cognoscitiva en los fenómenos de variación. Los resultados de una trayectoria investigadora tan pormenorizada y profunda confluyen de forma unitaria en el volumen aquí reseñado. Se trata, a mi modo de ver, de un estudio pionero que marca un punto diacrítico en la teoría variacionista, tradicionalmente poco atenta a la dimensión subjetiva del lenguaje. La intención de Caravedo no es, desde luego, ignorar la línea tradicional de la sociolingüística, sino ajustar con una perspectiva integral el modelo de Labov. De hecho, cabe señalar que el mismo iniciador del variacionismo, ya en el primer volumen de *Principles of Linguistic Change* –dirigido a los factores internos que subyacen al cambio lingüístico– introducía, entre las variables internas, interpretaciones de naturaleza cognoscitiva, a la que llegará a dedicar el tercer volumen de su obra magna –entramente focalizado en los factores cognitivos– que vio la luz en 2010. Estas mismas reflexiones representan un aporte crucial para el desarrollo de la así llamada *third*

wave (tercera oleada) de la sociolingüística –introducida por los estudios de Penelope Eckert¹–, que parten supuestamente de la noción de estilo laboviano para extenderla al ámbito de los estilos sociales, como germen de la variación; observaciones que, a su vez, abrirán las puertas a los enfoques críticos más recientes de corte constructivista, enteramente estructurados alrededor de la perspectiva del hablante.

Si bien con otra visión y desde otra trayectoria, Caravedo tiene el mérito de llamar la atención ya no solo sobre lo que el hablante produce objetivamente, sino sobre su percepción subjetiva en los procesos de variación, siendo este un mecanismo complejo que no se da solo en el puro acto locutivo, sino que se inicia con la actividad mental del individuo a partir de creencias, relaciones y percepciones producidas y heredadas sobre el mundo externo. El gran mérito que la autora logra con este volumen, pues, es redescubrir el papel que desempeña la percepción no solo en los fenómenos relacionados con actitudes y valoraciones sobre las lenguas –que es el ámbito donde más desarrollo ha tenido el componente perceptivo– sino como elemento que subyace a la misma variación lingüística.

El volumen se divide en tres partes; las dos primeras de corte más teórico y la última más empírica.

En el primer apartado, “La percepción

¹ Eckert, Penelope (2012), “Three Waves of Variation Study: The Emergence of Meaning in the Study of Sociolinguistic Variation”, *Annual Review of Anthropology*, 41: 87-100.

en el concepto tradicional de variación: alcances, límites y propuestas”, la autora incluye una revisión crítica de los planteamientos sociolingüísticos clásicos, pasando revista a cómo se ha identificado la percepción en la línea tradicional de la fenomenología variacionista. Obviamente no se pone en duda la importancia y la exhaustividad del modelo laboviano que en su momento tuvo el mérito de revolucionar la manera de hacer lingüística, conectando por primera vez el lenguaje con el contexto social y, más en general, con los hablantes. Sin embargo, como todo modelo, tiene algunos límites que han ido surgiendo a medida que se ha ido aplicando. Límites que Caravedo identifica específicamente en cuatro principios: 1) el binarismo del signo lingüístico; 2) la equivalencia semántica de las variantes; 3) la autonomía del significado representativo o referencial; 4) el carácter discreto y segmentable de las unidades.

El concepto de variación sociolingüística tradicional, como demuestra la investigadora, está anclado en la concepción saussureana de la lengua como un sistema de signos que presentan una doble dimensión, por un lado material (el significante), y por otro inmaterial (el significado); cada signo presenta una relación unívoca entre las dos dimensiones, de modo que, en sustancia, formas distintas implicarían significados también diferentes. Como es bien sabido, el concepto de variación se origina en la ruptura de esta relación entre los dos planos, postulando que un mismo significado se puede expresar a través de varias

formas materiales. Postulado que se basa en el principio de *equivalencia semántica*. El problema principal que plantea este principio es que queda reducido al plano material, excluyendo una alterabilidad en el plano del significado. Vistas así las cosas, y aplicando rígidamente el principio de equivalencia semántica, por lo tanto, no se producirían cambios en la lengua, mientras que, como subraya Caravedo (25) muchas variantes representan fases anticipatorias del cambio lingüístico, cuyo efecto es precisamente la creación de nuevos significados. Asimismo, este principio tendría cabida solo en el plano fonológico; en cambio, en el plano léxico, morfosintáctico, y sobre todo en el discursivo, la variación del significado está implícita. Este límite se debe además a otros dos grandes escollos del modelo laboviano que son, por un lado, la segmentación de las unidades de análisis² –herencia de la lingüística saussureana-, y por el otro, el peso que se da al puro significado referencial o representativo sin considerar el significado sociopragmático, es decir, el referido a los actores de la comunicación y al entorno que los rodea. En relación con esta segunda restricción -que resulta ser uno de los puntos más débiles de la teoría variacionista-, según Caravedo se hace imprescindible la inclusión de la *significación expresiva y apelativa* como parte de la semántica de los signos. Se tra-

2 No es casual que la sociolingüística laboviana haya desarrollado la mayor parte de su investigación en el ámbito fonético, donde la segmentación presenta problemas menores, mientras que en el terreno morfo-sintáctico y semántico la tarea se vuelve más difícil, para no decir imposible en el ámbito del discurso.

ta, además, de una propuesta totalmente compatible con la formulada por Eckert (2008)³ sobre los campos de significación indexical (*indexical field*), en los que se incluyen significaciones que no solo califican las formas, sino simultáneamente también a los usuarios y que, por esta razón, llegan a condicionar su uso.

Otro aspecto de la teoría laboviana que tendría que ser reformulado a la luz de una perspectiva integral que incluya el aspecto cognitivo es, según Caravedo, la importancia otorgada al componente probabilístico y de frecuencia como indicador de predicción del cambio lingüístico. Si bien se reconoce que el individuo pone en juego recursos imitativos y reproductivos que aseguran la continuidad estable de una lengua, también es cierto que algunos hechos lingüísticos, precisamente por ser singulares, pueden escapar a la actividad mimética del hablante, o bien porque no son percibidos por este, o bien porque, siendo percibidos, son evaluados negativamente. La variabilidad no se puede considerar estable, sino provisional, y puede cambiar de dirección, retraerse o reducirse en virtud de la actividad perceptiva de los hablantes. El hecho de que triunfe una variante sobre otra se debe, más que a una cuestión de mera frecuencia, al establecimiento por parte del hablante de cierta identificación o discontinuidad indexical del espacio social en el que interactúa. Ahora bien, a diferencia del lingüista, el hablante no siempre es capaz de reconocer el elemento distintivo

de una variable, porque no siempre conoce las alternativas. Así, por ejemplo, una pronunciación “seseante” solo se puede captar si se compara con la realización interdental peninsular.

Una vez demostrada la importancia de la actividad perceptiva, se hace necesaria una explicación de los diversos mecanismos mentales que regulan la percepción en la cognición lingüística, a la que está dedicada la segunda parte del volumen, “La Percepción en la cognición lingüística”.

En este apartado Caravedo se centra en los mecanismos implicados en la cognición y, en particular, se detiene en los procesos de *captación*, *fijación* y *reproducción* del patrón lingüístico, que están en la base del proceso de adquisición lingüística en la niñez y en las etapas posteriores, es decir, en la fase de desenvolvimiento social del individuo. La captación es el modo en que el hablante accede por primera vez al conocimiento de su lengua o cualquier otra. La fijación apunta al proceso mediante el cual todo lo seleccionado a través de un mecanismo de atención es almacenado en la mente; y la reproducción es el resultado de las operaciones de captación y fijación que se manifiesta en el uso efectivo de la variedad aprendida. Es importante señalar que en este proceso, que se basa en un mecanismo mimético, los rasgos regulares que forman parte del patrón colectivo de la comunidad se transmiten de generación en generación y llegan a formar parte de una memoria grupal. Parte del patrón colectivo recibido y memorizado puede ser, asimismo, la aversión hacia usos considerados

³ Eckert, Penelope (2008), “Variation and the indexical field” *Journal of sociolinguistics*, 12/4: 453-476.

anómalos o incorrectos como herencia de un sistema de creencias que son producto de la transmisión cultural (así ocurre en el ámbito del español con la modalidad andaluza en el contexto peninsular o con la andina en el peruano, por mencionar algunos ejemplos).

Estas reflexiones abren la puerta a una de las consideraciones más relevantes que aporta este estudio y es precisamente el *carácter subjetivo de la normatividad*. El concepto de normatividad, aunque epistemológicamente atribuido a la esfera de la objetividad, está, en, realidad, íntimamente relacionado con la imitación y la reproducción y, por consiguiente, con el aspecto convencional (65). La reflexión sobre el carácter subjetivo de la normatividad, en mi opinión es fundamental para abordar asuntos de naturaleza glotopolítica sobre la aceptación o rechazo de determinadas normas consideradas más o menos prestigiosas, y sobre el sistema axiológico a través del cual se orientan los comportamientos de los hablantes en una dirección y no en otra. Si bien con otra perspectiva, vemos ahí un punto de conexión con temas muy debatidos en el seno de los estudios sobre ideologías lingüísticas y en los enfoques sociolingüísticos críticos, que podrían enriquecer su reflexión y análisis recurriendo a la herramienta perceptiva.

Caravedo avanza en la definición teórica describiendo las tres características fundamentales asignables a la percepción, que se configura como *selectiva, orientada y diversa*. La percepción es selectiva porque implica que un objeto dado no se percibe

de modo exhaustivo, sino que es el producto de un mecanismo que enfoca unos elementos mientras desenfoca otros, es decir, que no todos los fenómenos se perciben en igual medida. Es orientada porque las preferencias lingüísticas del individuo están guiadas por su entorno social, lo cual permite una coincidencia selectiva grupal sobre la que se basa el concepto de normatividad. Y, finalmente, es diversa porque en cada comunidad se seleccionan algunos rasgos prominentes, lo cual evidencia el hecho de que una misma lengua como el español presente una diversidad tan amplia de patrones.

La última aclaración teórica que la lingüista brinda antes de pasar a la parte empírica es la relativa a los objetos hacia los cuales se dirige la percepción. La *percepción interna* es la que se desarrolla en la primera etapa de la adquisición como consecuencia de la identificación y observación de la variedad vernácula; puede continuar en fases posteriores cuando el hablante percibe selectivamente ciertos aspectos de su variedad ya adquirida. La *percepción externa* se da en el momento en el que el individuo se confronta con variedades distintas de la adquirida y que se reconocerán en referencia a su modelo. La *autopercepción* representa la conciencia, la evaluación y la autoobservación de la propia variedad, que se da cuando se pone en relación la percepción externa con la interna, lo que puede llevar a valoraciones positivas, negativas o bien a reajustes en nuestra forma de hablar.

Tras haber expuesto los presupuestos del marco sociocognitivo, Caravedo ofrece

una aplicación empírica de cómo la variación constituye un reflejo de una diversidad perceptiva en la producción de los hablantes, partiendo de casos prototípicos del contexto hispano. Esta parte se estructura en la presentación de diferentes ejemplos, ordenados según el nivel fonético, sintáctico y léxico. Cabe subrayar que se trata de fenómenos ampliamente estudiados por la lingüística hispana (por ejemplo la variación funcional sobre /s/ y /θ/, el caso de las vibrantes y de las ocluyentes en contexto oclusivo o de la -d- intervocálica, entre muchos), cuyo espectro de variación raramente se ha analizado a la luz de las lentes perceptivas.

Un apartado que merece atención especial es el que Caravedo dedica a la percepción en el contacto lingüístico por migración, cuando la relocalización en un espacio lingüístico nuevo crea una desorientación perceptiva que lleva a los hablantes (tanto al autóctono como al nuevo hablante) a activar los mecanismos perceptivos externos, con todos los choques sociales y culturales que esto conlleva. En este proceso es fundamental el concepto de *espacio mental*, en el cual la lingüista viene profundizando desde hace tiempo, anticipando la reflexión impulsada por el pensamiento posmoderno sobre la manera de abordar la esencia subjetiva e inmaterial de los lugares que ha marcado buena parte de los estudios realizados en el marco de la sociolingüística de la globalización. Es precisamente en la fase de choque entre espacios mentales diferentes cuando los hablantes evalúan modalidades o dialectos diversos

de los propios, como ocurre en el caso de la migración andina hacia la capital peruana –un tema ampliamente tratado por la autora en otros estudios– o con la inmigración hispanoamericana a España, donde el hecho de compartir una misma lengua con sistemas de valores muy diferentes más que ser una ventaja puede desencadenar conflictos y asimetrías comunicativas, paralelamente a desigualdades sociales.

Esta última parte, en particular, muestra cómo si bien el tratamiento de la actividad perceptiva en contextos de contacto lingüístico parece una obviedad, en la realidad la percepción ha sido muy desestimada por buena parte de la sociolingüística, tanto por la tradicional como por los nuevos enfoques. Por esta razón, considero la contribución de Caravedo un aporte fundamental para la reflexión sociolingüística, sobre todo en una fase como la que estamos viviendo de continuos y marcados encuentros entre espacios mentales y lingüísticos diferentes. Creo que las observaciones teóricas sobre el carácter subjetivo de la variación, y más en general de la lengua, ofrecen una perspectiva conceptual estimulante e innovadora y, al mismo tiempo, pueden tener una gran repercusión en la manera de abordar cuestiones relacionadas con las políticas lingüísticas en la era de la movilidad.

DOI 10.14672/0.2018.1497